

Alone

Melfi, o la dignidad en literatura ⁽¹⁾

Había en el escritor que acaban de perder las letras nacionales una línea profunda, que hoy despojado de accidentes, reducido a sí mismo, «tel qu'en lui même, enfin, l'éternité le change», aparece como línea esencial que impone sello a su compleja fisonomía.

Es el sentimiento de la dignidad literaria.

No estábamos siempre de acuerdo con las ideas de Domingo Melfi. Tomar caminos diferentes, uno el más corto, otro el más seguro, puede apartar a dos que al mismo tiempo se dirigen hacia el mismo horizonte. Alguna vez combatimos sus juicios históricos y puntualizamos nuestra divergencia; siempre, delante de él, sentimos lo que no siempre acompaña ni aun al acuerdo o a la coincidencia de opiniones: el respeto.

Y es que él se respetaba y no habría podido nunca descender, en sus relaciones con el público, a ciertas familiaridades improvisadas, por desgracia demasiado

(1) De Zig-Zag.

frecuentes en un círculo de donde debían estar particularmente excluidas.

Las letras para Domingo Melfi constituían algo serio.

Y serio, acaso, en más de un sentido, incluso en uno, íntimo personal, de conflicto, que la muerte ha venido a decidir.

Domingo Melfi, dentro del terreno artístico y puramente literario, no dió toda su medida, no se definió de un modo terminante, siempre tuvo algo de incierto y un poco flotante, como si ocupara una zona ambigua entre dos géneros y nunca se resolviera a plantar su tienda o edificar su casa definitivamente. Se le sentía poeta, se le veía acercarse al novelista; una vez allí, el pensador le cogía y llevaba rumbo al ensayo, es decir, a lo que exige menos marco, a lo que permite vagar y divagar sin término. Ese gran problema del escritor, problema que, ciertamente, serviría de tema a un ensayo, encontrarse a sí mismo, descubrirse y fijarse, él anduvo siempre abordándolo por un lado o por otro y dirigiéndole miradas pensativas, a veces desengañadas. Parecía que su situación y su edad iban a imponerle una obra maciza, fundamental. Tenía, aparentemente, todos los elementos. Pero, ¿quién sabe nada de nadie? ¿Quién imagina siquiera el momento en que oirá el llamado sin réplica?

A él le llegó cuando, justamente, había publicado su undécimo volumen: «Tiempos de Tormentas», meditaciones en el remate de un viejo palacio santiaguino.

Un libro como otro de los suyos, hecho con artículos publicados, muy bello a trozos, no orgánico ni nuevo en total, no creado de pies a cabeza para ser libro.

Acaso sentía, desde antiguo, el mal oculto que se lo ha llevado sorpresivamente.

El hecho es que aun los títulos de sus obras, detalle tan revelador, sugieren algo intermedio, algo que pasa y fluye, compuesto a veces de términos: «Dictadura y Mansedumbre», «Pacífico-Atlántico», que se afrontan, equilibrándose, sin estabilidad; o que evocan de inmediato el movimiento, «El Viaje Literario», o, más explícitos o decidores, dan la fórmula de su visión del espíritu: «Sin Brújula» (ensayo, 1932), «Indecisión y Desengaño de la Juventud» (ensayo, 1935). Palabras que se inclinan al lado de la melancolía, como de persona que siente adentro una pesadumbre, pero sin saber exactamente dónde, y de qué se lamenta. Hasta los deslumbramientos ante la naturaleza se coloreaban en Melfi de cierta inquietud desoladora, como se ve en el más poético de sus libros, cuyas páginas alcanzan una expresión de belleza cabal: «El Hombre y la Soledad en las Tierras Magallánicas».

La crítica literaria de Domingo Melfi derivaba siempre hacia el ensayo de tipo social; le interesaba menos la valorización estética y el asignar a cada uno su rango, definiéndolo, que seguir las prolongaciones del autor hacia el terreno de las costumbres, de los hechos morales, políticos y económicos, deteniéndose en

la contemplación de la decadencia, la nuestra y la universal.

Había en él un poeta elegíaco.

No se le recuerdan tonos enérgicos, apóstrofes vibrantes ni condenaciones violentas.

Nada de aquello le pertenecía.

Tampoco lo que hubiera menoscabado su sentimiento fundamental de la dignidad: el ataque directo a la persona, la pequeña alusión envenenada e íntima, sin grandeza. Aunque ubicado determinadamente en un sector, y hombre, si no de lucha, manteníase dentro de un plano de serenidad que hacía bien, que levantaba y purificaba el ambiente.

Va a hacer mucha falta.

Necesitamos cada día más esas lecciones sensibles de elevación moral y decencia literaria.

Un falso concepto de la libertad estética y del espíritu de avanzada abre paso a la improvisación incoherente, al desenfado, y despreciativo de las formas, aun en los centros destinados a preservarlas. Ostentaciones de una erudición cuantitativa, sin nada orgánico, usurpan el sitio de la cultura verdadera, madurada por la sensibilidad, dirigida por el gusto, fruto de la honradez y la disciplina.

No siempre los que sientan cátedra magistral son los que enseñan.

Domingo Melfi, llevado a las letras por vocación irresistible, evadido a una ocupación profesional, puso en ellas su temperamento de raza antigua, y trabajó en

profundidad. La anécdota le servía para ir más lejos. Seducíale, como a real-artista, el trabajo del estilo, y páginas suyas hay en que la pintura, una mezcla de acuarela nítida alternada con diluídos pasteles de suaves tintes, se mezcla al ritmo de la frase, musicalmente orquestada y acompaña al pensamiento sugiriendo lo que no cabe expresar y haciéndolo desbordarse hacia la zona impenetrable.

Produjo constantemente.

En diarios, revistas, folletos y libros quedan sus reflexiones, sus comentarios, sus críticas y ciertos cuadros, como los del remate del viejo palacio santiaguino, cuya clasificación resulta difícil: son intentos de novela, la historia de un personaje abstracto, cualquier vieja residencia aristocrática y sus tesoros domésticos, largamente acumulados, que van a dispersarse, a través de escenas donde el pensador se complace y vemos vacilar y pasarse mutuamente el papel al novelista y al moralista.

En esa abundante producción, al hilo de los días, no se encuentra, sin embargo, un solo descenso.

La dignidad más estricta la preside.

Una dignidad natural, no calculada, un sentimiento de honor literario que venía de adentro y lo colocaba, por ley espontánea, en sitio aparte, libre de la vulgaridad que se toma a sí misma por ingenio y audacia, dos tentaciones en las cuales el periodismo literario suele caer con demasiada frecuencia. Y es que Melfi rebasaba la órbita periodística. Habría necesitado otro

ambiente, medios de llevar una vida refinada, de tener una compañía selecta, estimulante. Acaso la ausencia de todo ello reflejaba en su fisonomía el habitual desencanto, la sonrisa sin alegría y esa como indiferencia resignada o escéptica a que volvía, casi siempre, buscando como un centro, su rostro fatigado.

Las letras nacionales han perdido a un maestro cuya lección última no alcanzaron a oír, pero que fluye ahora de su existencia con una dignidad definitiva.